

Tal es la curiosa y crítica traducción-comentario que hace Juan Ramón de su coetáneo Pound.

Se atribuyen a los hermanos Machado una serie de traducciones de poetas franceses aparecidas en los números 2, 4 y 5 de la revista *Electra*, en 1901, firmadas con el seudónimo de «Géminis», pero su principal aportación fue la versión que en 1908 (se supone, pues no lleva fecha) publicó, firmada por Manuel Machado (Sevilla, 29.8.1874–Madrid, 19.1.1947), la madrileña Editorial Fernando Fe, de un libro de Paul Verlaine titulado *Fiestas galantes. Poemas saturnianos. La buena canción. Romanzas sin palabras. Sabiduría. Amor. Parábolas. Otras poesías*. Aunque el título destaca las *Fiestas galantes* y por ello puede dar lugar a equívocos, se trata de una antología del poeta francés que sigue en lo esencial la que con el título de *Choix de Poésies* publicó en París en 1891 François Copée, aunque no coincida exactamente con ella.

El primer poema de Verlaine del que se tenga noticia traducido al castellano lo fue por Emilia Pardo Bazán en 1890 (el «Colloque sentimental» de *Fêtes galantes*), y fueron bastantes los poemas sueltos aparecidos en revistas a principios de siglo, pero el libro de 1908 supuso el desembarco de un poeta francés fallecido hacía poco (lo hizo en 1896) que influyó decisivamente en el modernismo de nuestro país, y muy en particular en su traductor, Manuel Machado. Éste llegó a París a trabajar como traductor para la casa Garnier (tradujo varias obras en prosa) en 1899, y Verlaine, que no gozó de un gran reconocimiento en vida, sí lo recibió tras su muerte, con lo que la llegada de los Machado (Manuel primero, luego Antonio) a París, coincidió con su triunfo póstumo y los llevó a leerlo y a asimilar sus lecciones, sobre todo aquella poética, «*de la musique avant toute chose*», tan patente en los versos de Manuel.

De todas formas, su libro de Verlaine es algo extraño, porque de entrada incorpora ocho poemas de *Sagesse* de los que Machado dice: «Esta admirable traducción es de mi amigo el poeta Antonio de Zayas. La hallo tan justa, tan exacta y tan verlainiana, que me releva de hacer otra»; y luego, según un artículo de Rafael Alarcón Sierra publicado en 1993 en la revista *Voz y Letra*, José María Zugazaga, que fue amigo y secretario de Manuel Machado, atribuiría la traducción de todos los poemas del libro, excepto

seis, a un francés llamado Paul Fornovi, del que por otra parte nada sabemos. Los interesados en el tema pueden consultar la excelente Presentación de Miguel D'Ors a la reciente reedición de este libro (Sevilla, Renacimiento, MMVII).

Para su versión de Verlaine, poeta difícil de traducir por la musicalidad de su verso, Manuel Machado elige en la mayor parte de los casos una modalidad extraña, nada habitual en los libros de poesía, que es transcribir los versos traducidos como si fueran en prosa, es decir, en párrafos continuados, aunque separados entre sí por guiones. El efecto final es similar a la prosa poética, y al menos no reinventa los versos verlenianos como harían en los años veinte del pasado siglo unas inacabadas *Obras completas* «traducidas en verso» por poetas menores como Emilio Carrere o Fernández Ardavín.

Escuchemos cómo suenan un par de los seis poemas de los que tenemos la plena seguridad de que fueron traducidos por Manuel Machado. En primer lugar un soneto, del que nos dice una «Nota del traductor»: «De este divino soneto se han hecho en castellano muchas traducciones libres, y más o menos en verso. Fiel a mi sistema de traducir lo menos posible al intraducible Lelian, yo doy mi versión literal. Pero remito a los lectores a las de Jiménez, Valencia, Navarro Ledesma y Antonio de Zayas, que merecen ser leídas.»

MI SUEÑO FAMILIAR

Tengo a menudo el sueño extraño y penetrante, – de una desconocida a quien amo y que me ama – y que no es siempre ni la misma del todo – ni por completo otra y me ama y me comprende.

Porque ella me comprende, y mi corazón, transparente – para ella sola ¡ay! deja de ser un problema – para ella sola, y la mador de mi frente pálida – sólo ella sabe refrescarla llorando.

¿Es morena, rubia o roja? Lo ignoro. – ¿Su nombre? Recuerdo que es dulce y sonoro – como el de las amadas que desterró la vida.

Su mirada es semejante al mirar de las estatuas – y su voz lejana y tranquila y grave, tiene – la inflexión de las voces queridas que han callado.

(*mador*, palabra rara, traduce la francesa *moiteur*, y significa «humedad ligera que cubre la piel sin llegar a ser sudor».

SOLES PONIENTES

Un albor débil – vierte en los campos – la melancolía – de los soles ponientes. – La melancolía – mece en dulces cantos – mi alma que se olvida – al sol poniente. – Y sueños extraños – como soles – ponientes en la playa – fantasmas bermejos – desfilan sin tregua – desfilan semejantes – a grandes soles – ponientes en las playas.

Manuel Machado realizó más adelante esporádicamente alguna otra traducción de poemas sueltos publicados en revistas, pero lo que hay que destacar de él es que asimiló e hizo suya en castellano la musical poética francesa de Verlaine. Porque será en su propia poesía donde el influjo de éste aparecerá de forma más clara, por ejemplo en *Caprichos*, libro escrito entre 1900 y 1905:

El viento

De violines
fugitivos
ecos llegan...
Bandolines
ahora son.
... Y perfume
de jazmines,
y una risa...
Es el viento
quien lo trae...
Goce sumo,
pasa, cae...

Como humo
se desvae...
Pensamiento
... ¡y es el viento!

Pierrot y Arlequín

Pierrot y Arlequín,
mirándose sin
rencores,
después de cenar,
pusieron a hablar
de amores.

Y dijo Pierrot;
-¿Qué buscas tú?

-¿Yo?...

¡Placeres!

-Entonces, no más
disputas por las
mujeres.

Y sepa yo, al fin,
tu novia, Arlequín...

-Ninguna.

Mas dime, a tu vez,
la tuya.

-¡Pardiez!...

¡La Luna!

(Respecto a este poema, Unamuno, en el prólogo que escribió para las *Poesías escogidas* de Manuel (Barcelona, Maucci, s.a. [1907]), criticaría, en lo que él llama «una...*catedraticada*», «una innovación de técnica que se han traído unos cuantos versificadores y que es un disparate, un atentado a la prosodia castellana». Se refiere al error de la gramática de la Real Academia Española en la que se afirma «que todas las palabras tienen acento y que todos los monosílabos son agudos». «Pues no –replica don Miguel–, «en castellano hay palabras átonas, sin acento, unas porque se unen, al pronunciarlas, con la precedente, y las llamamos enclíticas [...] y

otras que se apoyan al pronunciarlas, en la palabra siguiente, y las llamamos proclíticas [...] De donde resulta que no puede rimarse

Pierrot y Arlequín
mirándose sin
rencores

no violentando la prosodia castellana porque decimos sinrencores todo junto y bajo un solo acento tónico.»)

Además de esos primeros tanteos de poemas traducidos al alimón con su hermano, Antonio Machado (Sevilla, 26.7.1875-Collioure, 22.2.1939) traduce en 1902, en colaboración con Manuel y con Francisco Villaespesa una obra teatral en verso, el famoso *Hernani* de Victor Hugo (se publicó más tarde en «La Farsa», Madrid, 1924, y se representó –o se volvió a representar– en 1926).

Muchos años después, en «De un cancionero apócrifo», escrito entre 1923 y 1936, intenta traducir un soneto de Shakespeare, el CXXXVIII, que empieza así: «*When my love swears that she is made of truth*». Lo copia en sus borradores en inglés, así como una versión francesa de Ch. M. Garnier, y hace hasta tres intentos de traducción, quedándose finalmente con ésta, que atribuye a un apócrifo «Adrián Macizo»:

«Traducción de Shakespeare»

Mi vida, ¡cuánto te quiero!
dijo mi amada, y mentía.

Yo también mentí: te creo.

Te creo, dije, pensando:
así me tendrá por niño.

Mas ella sabe mis años.

Si dos mentirosos hablan
ya es la mentira inocente:
Se mienten, mas no se engañan.

Pero los labios que besan
son de mentira tan dulce...

Mintamos a boca llena.

Y en una nota final añade: «No es esto exactamente lo que dice Shakesperare; pero léase atentamente el soneto y se verá que es esto lo que debiera decir». Para poder verificar lo acertado de esta afirmación, traemos aquí la versión de este soneto firmada por Gustavo Falaquera (Madrid, Hiperión, 1993):

Cuando mi amor me jura que está hecha de verdades,
yo la creo, aunque estoy seguro de que miente,
para que ella me crea un joven inexperto
que ignora las argucias y las trampas del mundo.

Así, creyendo en vano que ella me cree joven,
aunque sabe pasados ya mis mejores días,
simplemente doy crédito a su lengua engañosa;
se suprime la simple verdad por ambas partes.

Pero ¿por qué no dice ella que está mintiendo?
Y yo, ¿por qué no digo que soy un hombre viejo?
Sienta bien al amor simular confianza,
y al amor no le gusta que le cuenten los años.

Por eso miento y yazgo con ella, ella conmigo,
y adulan nuestras culpas nuestras propias mentiras.

Si comparamos ambas versiones, admiraremos la capacidad de síntesis machadiana que en sólo doce octosílabos logra quintaesenciar lo que Shakespeare escribe en catorce pentámetros yámbicos y Falaquera en otros tantos alejandrinos, diciendo efectivamente, en resumen, lo mismo.

De Miguel de Unamuno (Bilbao, 29.9.1864–Salamanca, 31.12.1936) se publicaron traducciones de varias obras científicas y filosóficas, pero ciñéndonos a nuestro tema, el de la traducción poética, podemos reseñar que en sus *Poesías*, publicadas en Bilbao en 1907 (Imprenta y encuadernación de José Rojas), incluye al final, entre las págs. 307-353, «Sobre el monte Mario» de Carducci, «La Retama» de Leopardi (12 págs.), «Reflexiones al tener que dejar un lugar de retiro» de S. T. Coleridge, «La vaca ciega» de